

Capítulo 1

El misterio de las siete estrellas

([índice](#))

Apocalipsis 1:1-2: La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. La declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, del testimonio de Jesucristo y de todas las cosas que ha visto.

Las primerísimas palabras del libro ya nos dan ánimo. Dios se ocupó de nosotros hasta el punto de darnos la revelación de sí mismo. Es un enemigo cruel quien procura que sintamos que a Dios le complace que permanezcamos en las tinieblas de la ignorancia. Da gracias a Dios porque Apocalipsis es su don especial para ti.

Puedes ver fácilmente los cinco pasos mediante los cuales nos dio su revelación en este libro:

- (1) Se originó en Dios, en el Padre mismo.
- (2) La dio a su Hijo Jesucristo.
- (3) Jesús “la declaró enviándola por medio de su ángel”.
- (4) El ángel la reveló al profeta Juan en visión profética.
- (5) Juan comunicó a los siervos de Dios —a ti y a mí— “cosas que deben suceder pronto”. El propósito de todo ello es que nosotros las comprendamos. Sus “misterios” no son verdades que Cristo quiera esconder de nosotros, sino verdades que anhela impartirnos.

Apocalipsis 1:3: Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas, porque el tiempo está cerca.

Es el único libro de la Biblia que promete una bendición especial a quien lo lea. ¡La bendición se promete igualmente al analfabeto que lo escucha leído por algún otro! Si hay algún libro en toda la Biblia que jamás se debiera ignorar, es este.

Apocalipsis 1:4-8: Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros de parte del que es y que era y que ha de venir, de los siete espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre, a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes. Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él. Sí, amén. “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin”, dice el Señor, el que es, que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

Si estos pocos versículos fueran todo lo que tenemos como Palabra de Dios, bastarían para proporcionarnos felicidad eterna. Se concede gratuitamente “gracia y paz” a todo el que crea esas palabras, por más pecador que pueda ser. Nunca te sientas excluido del favor y la sonrisa del Cielo. Esta salutación viene del Padre “que es, que era y que ha de venir”, del Espíritu Santo y de Jesucristo, el Fuerte que resucitó de los muertos. Todo el Cielo te mira con simpatía y cálido amor esperando que lo creas y descanses en esa confianza.

Tan pronto como creas lo anterior, tu corazón se unirá a este alegre canto de alabanza “al que nos ama [y] nos ha lavado de nuestros

pecados con su sangre”. Cuando alguien se pregunta si está preparado para el cielo, pregúntese cuan dispuesto está a alabar al Señor con alegría. “Alegraos, justos, en Jehová; en los íntegros es hermosa la alabanza” (Salmo 33:1). “Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza. ¡Alabadlo, bendecid su nombre!” (Salmo 100:4). “Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17).

El incrédulo desconoce el feliz sentimiento de gratitud a Dios, ya que en su corazón no hay lugar para la alabanza. Come su ración diaria sin reconocer quién es el Dador. Nunca agradece a Dios por el sol, por las flores, los árboles y los pájaros. Pero puede aprender todo lo que aún ignora: “Mis labios rebotarán de alabanza cuando me enseñes tus estatutos” (Salmo 119:171).

Veremos con nuestros propios ojos a Jesús viniendo “con las nubes”. No se trata de nubes ordinarias. Acompañando al Señor habrá miles de ángeles (Salmo 68:17). Jesús, el Hijo del hombre, vendrá “en su gloria, y en la del Padre y de los santos ángeles” (Lucas 9:26). Incluso los que no creen a su evangelio habrán de verlo venir. Quienes lo crucificaron no podrán mirar a otra parte. En su juicio ante el sanedrín, Jesús declaró: “Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64).

“Alfa” y “Omega” son la primera y la última letra del abecedario griego. Cristo existía desde el mismo principio. Él es el eterno “unigénito del Padre”. Y él es el último. Cristo lo es todo en todos.

Apocalipsis 1:9-11: Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del

testimonio de Jesucristo. Estando yo en el Espíritu en el día del Señor oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: “Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”.

Por decreto del emperador (Domiciano, año 96 de nuestra era) Juan fue exiliado a la isla de Patmos, un islote desértico y rocoso en el Mar Egeo: un lugar escogido por el gobierno romano para desterrar a los criminales. Pero para el siervo de Dios aquella sombría morada se convirtió en la puerta del cielo. Aunque apartado del escenario de sus antiguas labores, no cesó de dar testimonio de la verdad. En Patmos hizo amigos y conversos.

Dado que la Biblia se explica a sí misma, no será difícil determinar cuál es “el día del Señor”. “El Hijo del hombre es Señor del sábado”, afirmó Jesús (Mateo 12:8). ¿Qué dice la Escritura respecto al sábado? “Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:8-11). El Señor llama al sábado “mi día santo” (Isaías 58:13).

Fue un sábado cuando el Señor de la gloria apareció al apóstol exiliado. Juan guardó el sábado en Patmos de forma tan sagrada como cuando predicaba en las aldeas y ciudades de Judea.

“Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”: los nombres de esas siete iglesias son simbólicos de la iglesia en los

sucesivos períodos de la historia en la era cristiana. El número siete es indicativo de un todo completo, y es simbólico de que los mensajes se extienden hasta el final del tiempo. Al mismo tiempo, los símbolos utilizados caracterizan a la iglesia en los diferentes períodos en la historia del mundo.

Apocalipsis 1:12-17: Me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los siete candelabros a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos, como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce pulido, refulgente como en un horno, y su voz como el estruendo de muchas aguas. En su diestra tenía siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos, y su rostro era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: “No temas. Yo soy el primero y el último”.

Cuando Juan vio los siete candelabros de oro supo que estaba contemplando el templo (santuario) del cielo. Pero allí donde esperaba ver solamente seres celestiales, vio con sorpresa “a uno semejante al Hijo del hombre”. ¿Cómo podía haber un hombre en el cielo?

Jesús, nuestro Salvador, hizo un sacrificio por siempre. Aunque está glorificado (tal como lo veremos cuando regrese en su segunda venida), continuará por siempre siendo un hombre, uno con nosotros. “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado” (Isaías 9:6).

La descripción que Juan hace de Cristo coincide casi exactamente con la que hace Daniel (10:5-12). Ambos vieron un hombre ceñido con un cinto de oro, con los ojos como antorchas de fuego, pies

como de bronce bruñido, y su voz como el estruendo de muchas aguas. Ambos, Daniel y Juan, cayeron ante él como muertos, y a ambos se les dijo: “No temas”.

Quienes rechazan a Cristo pueden pretender despreciar su palabra, imaginando que no tendrá ningún efecto sobre ellos. Pero están equivocados: se trata de una espada de dos filos que penetra “hasta partir el alma y el espíritu ... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). Jesús declaró respecto a quienes rechazan su evangelio: “El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Juan 12:48). Esa misma palabra te salvará hoy si la recibes; en caso contrario te juzgará al final.

Apocalipsis 1:18-20: [Yo soy] el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. Escribe, pues, las cosas que has visto, las que son y las que han de ser después de estas. Respecto al misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros que has visto son las siete iglesias.

¿Estuviste frente a la lápida de un ser amado? Si es así sabrás apreciar el valor de esa seguridad que nos da el que tiene “las llaves de la muerte”. El sepulcro es para nosotros como una gran puerta cerrada bajo seguridad inviolable. Ni los mejores científicos pueden abrirla o ver al otro lado. Pero Jesús tiene las llaves.

¿Qué significan las siete estrellas? La palabra “ángeles” tiene en griego el significado de mensajeros o ministros. Si los siete candelabros son las siete iglesias, los ángeles de las siete iglesias han de ser su liderazgo. Las siete estrellas simbolizan a los ministros de Dios. Aquel que se presenta como siendo el primero y el último

los tiene bajo su especial cuidado y protección. Las dulces influencias que han de abundar en la iglesia están vinculadas con los tales ministros de Dios, quienes han de representar el amor de Cristo. Las estrellas en los cielos están bajo el control de Dios. Él les provee luz, y guía sus movimientos. De no ser así se convertirían en estrellas caídas. Lo mismo es cierto de sus ministros, quienes no son más que instrumentos en sus manos. Todo el bien que realizan lo es mediante el poder de Cristo.

¿Eres tú uno de esos ministros de Cristo? Esas siete estrellas incluyen a todo el que se da a sí mismo como pastor, anciano, diácono, maestro, etc. Y ciertamente incluye a quienes enseñan el evangelio a los niños. Incluye a todo el liderazgo de la iglesia. “No temas”, porque estás guardado de forma segura en la mano derecha de Aquel que vive “por los siglos”. Ama tu labor; no procures aliviarte dejándola para algún otro. ¡El mejor sitio en el que uno puede estar es precisamente en la mano derecha del Hijo de Dios! Respetemos y honremos todos a los ministros de Cristo. “Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan. Tenedlos en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Tesalonicenses 5:12-13).